

DONATIVO
DE LA
MAYORGA
DE MADRID
1904

ROSA Y AZUL



SUMARIO.—CUENTO DE NOCHEBUENA, por Rafael Leyda, con ilustraciones de Cuevas.—Nuestras comedias.—Croniquilla, por Bebé.—Villancicos.—La Nochebuena de Bebé, por Angel Macías Rodríguez.—La pelota (poesía), por Juan de Castro.—Curiosidades artísticas: La Universidad de Alcalá de Henares, por José Trigueros.—Cuentos del concurso: El perro del bandolero.—Una anécdota de Carlos V.—Plantas y flores, por Teodoro Goñi.—Vestir al desnudo (lista de donativos).—Historietas.—Pasatiempos.—Cartas ilustrada y sin ilustrar.—Correspondencia.—Y las divertidas

Aventuras de un pequeño filósofo.

24 páginas, 15 céntimos

INTERESA

á nuestros lectores y al público en general leer la ADVERTENCIA que insertamos en la plana tercera de la cubierta

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID!

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✂

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

NACIMIENTOS y figuras finas de Granada, Murcia, y tipos hebreos *** No comprar sin visitar antes la antigua casa de

E. MORENO, Fabricante en corcho.

Corcho rústico.—Madrid.—Abada, 19 y Carmen, 31.

Cifuentes, fotógrafo. San Bernardo, 52
MADRID

Para toda clase de anuncios diríjense á Mayor, 1, tel.º 123, Sociedad Anunciadora

LA PRENSA

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



RAFAEL BALLESTER SÁNCHEZ

(De un año.)

Habitante en Madrid, calle de Antonio Grilo, 8, principal.

(31 de las fotografías admitidas.)

CUENTO DE NOCHEBUENA

Para mis buenos amigos
Ana y Pepe Palacios.

AQUELLA noche dieron permiso á la criada para que la celebrase con su familia, y cenaron solos, en deliciosa intimidad. Después fueron á ver *su nacimiento*, una cunita blanca, en la que dormía su niño Dios, su princi-

que llega al alma y no retorna... Recordaban sus tiempos de novios... detalles, el día que se conocieron... el día que empezaron á tutearse.

Luego, por natural remembranza, hablaron de las Nochebuenas pasadas. Ella evocó su niñez, el nacimiento que todos los años ponía y ante el que la familia, reunida para cenar en la memorable noche, tocaba rabeles, pande-retas y zambombas. El la dijo las de sus tiempos de soltero, pasadas algunas en aristocrática mansión, entonando villancicos, compuestos por cortesanos poetas ante un nacimiento, magna obra de arte levantada por célebre escultor.

Luego oían la Misa del Gallo en la capilla de la casa, oratorio mundano y coquetón... Y como se entusiasmase mucho con la pintura del cuadro, díjole ella con celosa envidia:

—Buen punto has estado tú. Bien te has divertido de soltero.

El, para calmar su enojo, hubo de jurarla que se había encontrado siempre solo en el mundo, arrastrando el más atroz aburrimiento hasta que conoció á su mujercita...

Se hizo tarde... Por la calle pasaba sin cesar la alegría tumultuosa... Gritos, canciones, músicas inarmónicas, reñir de borrachos...

Otra contemplación ante la cunita. Otro beso en el rostro del ángel que seguía son-



pito, al aire las manecillas gordezuelas que se abrían y cerraban como queriendo atrapar alguna visión de su inocente ensueño... Visión celestial que hacía florecer en su boca la sonrisa.

Le contemplaron en éxtasis, silenciosos, por no despertarle... Le dieron un beso suavísimo y se marcharon de puntillas. En el comedor volvieron á su charla, incoherente, graciosa, charla de amantes, música divina

riendo en su sueño plácido. Y el matrimonio se retiró á descansar.

Durmieron y soñaron. Y él, por esa asociación de imágenes con que suele empezar el sueño, encontróse en los salones lujosos que á su mujer poco antes describiera. Por ellos circulaba toda la *gente conocida*, aristocracia de la sangre, del dinero, de la belleza, del talento... Y todos vinieron á encontrarse ante el Nacimiento, la más preciada joya del palacio en aquella noche. Le miraban, admirando su hermosura, su tamaño, la propiedad histórica del paisaje y las figuras, cuando ocurrió algo que á todos dejó maravillados, atónitos, mudos. Y fué...

El Niño-Dios, el esperado Mesías, que reposaba en el pesebre, sobre la paja, cubiertas apenas sus carnes rosadas con una camisita de lienzo burdo, había descendido de su improvisada cuna y, creciendo de portentosa manera, había llegado á ser aquel Niño del admirable cuadro de Murillo, que representa la Sacra Familia, espejo clarísimo y sublime de la familia cristiana.

La misma estatura, los mismos vestidos, igual seráfica expresión en el rostro divino... Tomó la mano de su Madre, que también se levantara, y seguido de San José atravesó los montes que rodean á Bethleem, llegó al borde de la mesa y desde allí, por invisible escalera, descendió al suelo.

Y lo más portentoso fué que el buey y el asno que, á sus pies echados lo calentaban con su aliento, tras él siguieron también; y de igual manera los Reyes Magos, y los pastores que guardaban sus hatos, y la vieja hilandera, y el molinero mozo, y la mujer que lavaba, y hasta un zapatero, con el tirapié entre las manos, que había introducido allí algún capricho de niña, *viva* protesta contra la verdad histórica.

Desfiló la fantástica procesión entre los asombrados concurrentes y, apenas pasada, por no sé qué misterioso y ciego impulso,

todos siguieron tras ella, cerrando el cortejo.

Y así atravesaron los salones, bajaron la amplia escalinata de mármol, pasaron el zaguán, donde podían dar la vuelta los coches, y salieron á la calle, sin acordarse siquiera de recoger los abrigos, y sin sentir frío; las señoras con el escote apenas cubierto con las ondas de la mantilla que para la Misa del Gallo se habían puesto: los caballeros de frac, la cabeza al aire... El brillo de muchas lunas terrestres lograba amortiguar el de la casta Diana.

—¿Adónde vamos?

Esta era la pregunta que cada cual se hacía, sin que osara salir á boca alguna. De repente se pararon... Atención.

—¿Qué ocurre?

Agrupáronse todos en torno al quicio de un portal. Allí, acurrucado, apretándose mucho contra la piedra del escalón y contra la madera de la puerta, como si éstas pudieran darle calor, dormía un niño, un *golfo*, enseñando sus carnicitas, sucias, flacas, ateridas por los desgarrones de una prenda innominable.

Jesús lo despierta, empujándole con suavidad, y el golfo, sin sorpresa, se levanta, echa á andar delante y la comitiva se pone otra vez en movimiento.

Poco más abajo otra parada... Es un montón de golfos, que duermen en racimo. La escena se repite. Jesús los despierta... Ellos se levantan y echan delante... En marcha.

Y así suben la calle de Alcalá, con continuas detenciones en la Presidencia, en el Ministerio, en los portalones de los palacios... Y ya no es Jesús solo el que busca, el que despierta á los niños... Son todos: duques, banqueros, militares, artistas, mujeres hermosas...

Cruzan Madrid. Todo lo registran. Y luego van á las afueras, á las barriadas hambrien-

tas, donde la miseria exuda, hiere la vista y el olfato, á los desmontes, á los tejares... Y penetran por aberturas de cuevas que se agrandan para dejarles paso, bajo bóvedas que se ensanchan para darles cabida... Y de todas partes salen niños y niñas, pobres gorriones sin nidaes, que se reunen con los que marchan delante.

Ya constituyen legión. Van cogidos de la



mano, riendo, saltando, como si no tuvieran frío, como si no tuvieran hambre.

Vuelven al palacio haciendo la última requisa, recogiendo aquí y allá alguno nuevo ú olvidado... Llegan. Las puertas están abiertas todavía.

En el vestíbulo aguardan los criados, puestos en dos filas. Sin vacilación, sin asombro, penetran en él los golfos, suben la escalera... Detrás el Niño, su Madre, el cortejo de Bethlehem... luego las damiselas, los señorones... Llénase la casa de niños, y sus risas áureas, su charla, sus gritos, sus cantos, aroman los salones con divino gozo...

Y lo más extraño es que á los ojos de los grandes que ya de nada se asombran, aquellos chicos sucios, flacos, haraposos, mal

olientes, son niños brunos ó blondos, pero limpios, encantadores... Llevan al descubierto sus carnecillas, como las llevarán en el limbo ó en el cielo, y nadie al verlos se asusta ni avergüenza... Algún resabio del arroyo les queda aún, y no falta quien al ver pasar á algún petrimetre, le grite—¡pollo!—y corra á esconderse, y cuales que jueguen en un rincón á las *chapas*... Pero Jesús les reprende suavemente y ellos al instante se corrigen.

Desde la puerta un criado anuncia ceremonioso: «la cena está servida», y pasan al comedor. Para todos los niños hay sitio en la mesa, aunque son muchos, muchos..., y se sientan, poniéndose en medio Jesús, como en la Cena con los Apóstoles. Las personas mayores, las señoras encopetadas, los señores condecorados y graves les sirven, llevando de aquí para allá las fuentes, escanciando el vino y apretando á lo mejor contra sus labios algún sonrosado mofletillo manchado de

salsa. ¡Qué manera de comer! ¡Qué voracidad! En una sola comida se resarcen de los años de forzado ayuno, ¡qué golosos! ¡Vaya un consumo de mazapán y de turrónes! El caballo de ángel obtiene aprobación unánime.

La comida ha terminado y abandonan los puestos. Jesús marcha ahora delante. Detrás la diminuta legión arma espantosa algarabía. Van á ver el Nacimiento. Ya están allí. Todos le rodean... De repente callan.

Porque el Niño ha desaparecido de su lado y está allá arriba. No acostado en el pesebre, sino ascendiendo por celestiales espacios, nimbado por un halo de luz que no quema ni deslumbra, sino que en el alma penetra, produciendo clarividencia, placidez, amor... Habla y sus palabras no suenan, no

se oyen, van al corazón sin el intermedio de los sentidos... Habla y dice:

—Yo he venido al mundo, me he hecho hombre para redimir á la Humanidad, y mi redención por vosotros ha de tener principio. En mi paso por la tierra padeceré, sufriré martirio, moriré en afrentosa cruz, apenas si tendrá mi vida más dulzuras que aquellos momentos en que los niños se acercan á mí. Pero con ella daré tal ejemplo de amor, que el amor y la caridad habrán de reinar después sobre la tierra. Ya no habrá más niños abandonados. Reid, cantad, regocijáos, que el Redentor ha nacido hoy.

Levántase gritorío ensordecedor y abrázanse todos los niños. Los hombres lloran al verlos. Y llorando se despierta el durmiente. Al lado de la cama ve á su mujer, que sostiene en los brazos al principito, ya lavado, vestido y peinado como de día de Pascua. Mira el grupo encantador y advierte en la cara de ella alguna tristeza. Los ojos como de haber llorado también... ¿Algún sueño?...

—¿Qué tienes?—la pregunta inquieto.

—¿No sabes?—responde la mujer con voz angustiada—. En la puerta del cochero de enfrente ha aparecido esta mañana un niño muerto, helado... Parece que tenía costumbre de dormir ahí, y como esta noche ha hecho tanto frío... ¡Qué madres! ¡Qué madres! — repite, y frenética aprieta al niño

contra su cara y le llena de besos.

El niño, sorprendido por la brusca acometida, forcejea, grita, llora.

—Trae, trae, que me lo matas—clama el marido con cómico furor, quitándose.

Con mucho mimo le mete en la cama, le arropa y á medias levantado, contempla al infante: su cara de leche y rosa, sus ojos vivísimos, su boquita que le sonríe, su pelo rizado, esparcido sobre la almohada. Y al acordarse del *golfo* infeliz, muerto por falta de calor y de cariño, que es el calor del alma, dos lágrimas se desprenden de sus ojos, resbalan por sus mejillas y van á caer sobre la frente de su hijo, ungiéndole así con el óleo santo del dolor.

RAFAEL LEYDA.

(Ilustraciones de F. Cuevas.)



NUESTRAS COMEDIAS

En el número próximo publicaremos una propia para niñas, original de un distinguido profesor que modestamente viene ocultando su nombre bajo el seudónimo de *Ródig*; lleva por título *MUÑECAS Y PERSONAS*. En breve comenzaremos la publicación de otra en prosa y verso, original de nuestro Director.

CRONIQULLA

HAY personas que tres meses antes de llegar la Nochebuena ya están haciendo preparativos de comestibles y bebestibles; porque sabido es que en esta noche es preciso comer hasta reventar, aunque se ayune el resto del año.

Entre éstas conozco un matrimonio que, desde principios de Octubre, cada día tiene una pelotera por cuestión de perra chica de más ó de menos en el gasto diario.

—Atilana, ¿cuánto has gastado ayer en la compra?—pregunta el marido.

—Cuatro pesetas y una pieza falsa de diez céntimos.

—¡Cuatro pesetas! ¿Te has propuesto echarnos á pedir limosna?

—¡Hombre, no digas sandeces! Quisiera yo verte á ti con la cesta colgada del brazo regateando la merluza ó escogiendo las patatas para que no tengan hijos.

—No estaría muy guapo, es verdad; pero gastaría menos. Es preciso economizar, Atilana. Yá sabes que está encima la Nochebuena, y no quiero que nos ocurra lo que la pasada, que tuvimos que dar á Camarón, el de Navalagamella, lombarda y bacalao por único extraordinario.

—Menos le habrían dado sus primas las de Picadillo, que cenaron albóndigas de pan rallado, con extracto de bacalao.

—Bueno; las de Picadillo son las de Picadillo, y nosotros somos nosotros. Economiza, economiza y economiza; que tengo gusto de darle un banquete á ese pobre muchacho.

—Suprimiré el chocolate.

—Eso no; de ninguna manera.

—Entonces, la cena. Postre ya sabes que no comemos desde que subieron los alcoholes. Ahí tienes, con el gasto que tú haces de aguardiente alcanforado, podríamos cenar opíparamente.

—No me hieras con pullitas, Atilana. ¿Soy yo culpable de haber cogido este maldito reuma cuando era jefe de la vigi-

lancia subterránea? Subterránea, sí; esta es la palabra.

—¿Y lo soy yo de que por tu *inepcia* no hayas conseguido ganar más que 2.000 pesetas al cabo de veinte años de servicios? Dije *inepcia*, Filemón, y esa es la palabra; se la oí á Panillete en el Congreso.

El marido se considera mortificado con aquella frase, y comienza el *preludio*, que ya no termina hasta la mismísima Nochebuena.

Pero al fin hay besugo, un poco pasado, eso sí; sopa de almendra, bacalao en traje de recepción (léase rebozado), turrón de guirlache... y una gresca de mil demonios.



La Nochebuena alegre, plácida, simpática, lo mismo que el Carnaval, es la nuestra la de los niños. Preguntadle si no á D. Sebastián, el magistrado, que todo el año tiene la cara *feroche* por razón de su cargo, y en cuanto llegan las vacaciones de Pascuas se le pone como unas ídem.

Con qué placer empuña la pandera y, rodeado por sus pequeños, celebra el nacimiento del Niño-Dios zurrando el parche y entonando coplejas. Y cuando, pasada la hora de la Misa del Gallo, visita las camas de sus hijos para ver si están bien arropados, de aquella cara feroche ya sólo queda un lobanillo que no pudo destruir el mazapán.



El niño Jesús Rodríguez me ha invitado á presenciar una representación en el teatro Guíñol que ha construído en su casa, con arreglo á las instrucciones que nuestro compañero Javier Cabezas dió en los números 37, 38 y 39 de Rosa y Azul. El teatro es muy lindo, y el niño Rodríguez un verdadero artista.

A sus papás y á mi simpático amiguito me complazco en enviarles desde aquí la prueba de mi gratitud por sus deferencias.

BEBÉ.



En el portal de Belén
entró una niña gruñona,
y en lugar del Niño-Dios
encontró sólo una mona.
Y llorando á su casa marchóse
prometiéndole no gruñir ya :más;
pero el chasco que había llevado...
carrasclás, carrasclás, carrasclás.



Incomodado, á su abuelo
pedía aguinaldo Antón,
y por ser desaplicado
sólo le dió un coscorrón.
Y el muchacho gimiendo decía
otro año me le habrás de dar,
pues tanto he de estudiar, que es seguro...
carrasclás, carrasclás, carrasclás.



Por tocar la pandereta
Pascasio se rompió un dedo,
y por tocar con palillos
rompió Paco el tambor nuevo.
Carrasclás hay que ser cuidadosos,
carrasclás pues os puede pasar,
carrasclás que rompáis cualquier día...
carrasclás, carrasclás, carrasclás.

El día de Nochebuena,
en casa de don Gavino,
celebraron un banquete
con abundancia de vino.
Don Gavino comió tres besugos
y dos kilos de rico turrón,
y por poco se come á su hermana
que llegó antesdeayer de Alcorcón.



El irascible don Roque,
el día de Nochebuena,
á su esposa doña Casta
le quiso dejar sin cena.
Doña Casta, mostrando su enojo,
la lombarda á don Roque tiró,
y como él es un poco miope...
la nariz de un sopapo le hinchó.



Toca Pepito el tambor
y su hermana la pandera,
para dar la desazón
á Rufina, la portera.
Mas de pronto la mujer se enfada,
sale á escape de su cuchitril,
y si no hay... dos pesetas por miedo
es preciso la Guardia civil.

De colaboración.

LA NOCHEBUENA DE BEBÉ

MEDROSOS, tímidos, como quien comete un robo, más aún, semejante á aquel que consume impío sacrilegio; así el matrimonio recogía una á una las monedillas de plata que la hucha de Bebé contenía. Se reunieron los dos cónyuges para llevar á cabo el acto; acaso uno solo, cualquiera de los dos, hubiera carecido del valor necesario.

Deciros las privaciones que antes de acudir á este medio aquellas pobres gentes sufrieron, resultaría tan pesado como triste.

Contaros los sinsabores paladeados por aquella familia desde que el pobre padre quedó cesante, lo considero ocioso.

Juzgar vosotros cuáles y cuán amargos serían. Para figuraros todo el calvario sufrido por aquellos infelices, basta que arrojéis una mirada por la estancia pobrísima, misérrima, sin adornos en las paredes, sin esterres en el pavimento, sin muebles que sobre él se apoyen y con su presencia rompan la monotonía del blanco sucio de los polvorientos muros.

Antes de hacer estallar la hucha, el padre molestó á todos sus amigos, imploró á todas sus relaciones, y la madre quemó sus ojos haciendo, con luz escasa, para fuera.

Ambos pasaron hambre y frío. ¡Mucha hambre y mucho frío!

Seis meses hacía que Eugenio estaba cesante. Cuando era empleado ganaba mil quinientas pesetas con descuento, de las que á fin de mes arrojaba algunas por la estrecha abertura de la hucha de barro de Bebé.

¡Qué placer experimentaba el matrimonio al dejar caer aquellas gotas de sudor convertidas en monedas de plata, en la estrecha panza de aquel sugestivo artefacto!

¿Vosotros habéis visto el efecto que produce el estampido de un tiro en una banda-

da de alegres pinzones? ¿Los habéis visto correr disgregados sin rumbo fijo?

Pues ese efecto causó en el matrimonio el ronco son que al romperse la hucha produjo. Estupefactos retrocedieron. Mas en seguida, dándose cuenta de su triste situación, volvieron á avanzar y comenzaron, serios, mohinos y cabizbajos, la operación de recoger el contenido que por las baldosas se desparramó. Cada moneda traía á su conturbado espíritu un delicioso recuerdo, un placentero momento que no estaba muy lejos quizá, pero que, de intentarlo, sería muy difícil retrotraer. Terminaron la operación cegijuntos y cariacontecidos. Inconscientemente ambos llegaron á la cuna donde el chiquitín dormía. Se inclinaron. En su boca, entreabierta como primaveral capullo de purpúrea rosa, dejaron un beso, y en su rostro, como la azucena blanco, inocente cual la paloma, muchas y amargas lágrimas.

Después irguiéronse de nuevo y se dispusieron á salir.

Ya en la escalera, el marido, mirando á la mujer y mostrando las monedas, dijo:

—No le despojaremos de todo; con esto compraremos un nacimiento, y con el resto comeremos mañana. La mujer nada respondió; la oscuridad impidió ver su actitud desconsoladora.



El niño, al despertar, vió junto á sí un hermoso nacimiento que, alborozado, cogió. Mientras, sus padres, no lejos, devoraban frugal vianda que á menudo regaban con copioso llanto...

Las campanas del vecino templo repicaban alegres congregando á los fieles á la tradicional Misa del Gallo. El Redentor del Mundo, el Amigo de los niños, el Protector de los débiles, el Dulcísimo Jesús, iba á nacer...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ,

que no entendió una palabra, y por eso mismo dijo:

—Me parece bien: tiro por tiro, y nada de favor para ninguno.

De Easthupp no se acordó nadie. Hubiera sido hacerle demasiado favor.

Llegados al lugar elegido, Gascoigne trazó en el suelo un triángulo equilátero de doce pasos de lado, mientras Tallboys preparaba las pistolas.

—Ya está señalado el lugar, Sr. Tallboys.

—Perfectamente—contestó el gran trigonómetra después de examinarle con gran detención—: ángulos iguales subtienden lados iguales.

Easthupp, que no comprendía una palabra de todo aquello, estaba como afechado, y algo parecido le ocurría á Biggs. Al recibir la orden de colocarse en sus puestos, Easthupp protestó:

—¿No van á reñir primero el Sr. Biggs y el Sr. Franco?

—No, señor—respondióle el condestable—: se trata de un desafío entre tres: usted tirará al Sr. Franco, el Sr. Franco al Sr. Biggs y el Sr. Biggs á usted. Así está convenido.

—¡Ahora lo entiendo menos!—exclamó Easthupp—. ¿Cómo va á disparar su pistola contra mí el Sr. Biggs si yo no he tenido con él ninguna cuestión?

—Señor Easthupp—observó Gascoigne—, si usted ha frecuentado la alta sociedad, como dice, debe entender algo de desafíos y cómo se practican entre caballeros.

—Sí, señor; la he frecuentado y estoy dispuesto á dar una satisfacción al señor Franco; pero...

—No hay pero que valga. Cuando un duelista pone su honor en manos de los padrinos, no puede apelar de las decisiones de éstos.

—Lo sé, señor Gascoigne; pero como yo no tengo ninguna cuestión pendiente con el Sr. Biggs, supongo que él no querrá matarme.

—Y usted no puede pensar que yo renuncie á disparar mi pistola sobre usted cuando me expongo á que me maten de un tiro. Sr. Easthupp, estoy resuelto á usar de mi derecho.

—Pero no contra un amigo.

—Me es igual. Yo he de disparar contra alguno: tiro por tiro, y á quien se la dé Dios, bendígasela San Pedro.

—Protesto contra ese procedimiento. Vengo aquí á recibir una satisfacción del Sr. Franco; no á ser blanco de los tiros del Sr. Biggs.

—¿No la tomará usted cuando dispare contra el Sr. Franco?—preguntó el condestable—. Me parece, Sr. Easthupp, que pide usted gollerías.

—Yo no pido más que lo justo. Ante ustedes y ante Dios protesto contra el disparo del Sr. Biggs.

—¡Luego usted pretendía disparar sin exponerse á recibir ningún tiro!—gritó Gascoigne, haciendo como que se indignaba—. Es usted un cobarde y merece que le llevemos á puntapiés al barco.

Ante tamaña afrenta tomó Easthupp la pistola que le ofrecía Tallboys, colocóse en su puesto y dijo á Biggs:

—¿Ha oído usted esas palabras? ¡Vaya un modo de expresarse que tienen algunos caballeros! Ya no protesto, Sr. Tallboys; antes la muerte que sufrir la deshonra.

De no temblarle la mano en que tenía la pistola, y la otra y todo el cuerpo, cualquiera hubiera pensado viendo á Easthupp que era un valiente; mas observando su manera de apuntar, deducíase claramente que donde menos peligro había era colocándose enfrente de él.

Cuando todos estuvieron dispuestos el condestable dió las voces como si estuviera mandando hacer fuego á bordo.

—¡Preparen! ¡Apunten bien! ¡Fuego!... ¡Tapad los orificios!

Sólo Easthupp obedeció esta última orden, llevándose la mano á la parte posterior, soltando la pistola, dando un grito y dejándose caer al suelo.

Al volverse contra Juan había presentado la cara posterior de su cuerpo á Biggs, y la bala de éste había hecho blanco. La de Juan se llevó detrás los únicos dos dientes que Biggs tenía sanos. Y la de Easthupp fué á parar quién sabe dónde. Tal tal vez fuera causante de la muerte de un burro que hallaron atravesado en el pueblo inmediato.

Mientras Biggs tiraba la pistola y escupía bocanadas de sangre, el dispensero yacía en el suelo, con la mano en el orificio abierto por la bala, y gritando como un loco.

— ¡Bonito negocio! — exclamaba Biggs—. ¿Cómo voy á tocar el pito si se me escapa el aire por los carrillos?

La herida de Easthupp no ofrecía peligro; no obstante lo cual chillaba de un modo desesperante, como si le hubieran acribillado el cuerpo.

—¡Acabe usted de gritar de una vez!— le dijo el condestable, mientras le taponaba la herida—. ¡Si no tiene usted más que un rasguño!

—¡Ay!... ¡Ay!— gritaba Easthupp—. ¡No puedo más!... ¡Yo me muero!... ¡No me muevan ustedes!...

—¡Calle usted ya, chicharra! — dijo el condestable—. Ande usted hacia el buque, si no le dejaremos ahí como un perro.

No era posible hacerle callar ni consiguieron que se moviera. Entonces pensaron llevarle al hospital entre dos mozos de

cuerda; pero en cuanto le tocaron comenzó á gritar con más fuerza. Biggs, que contenía la hemorragia de su herida con un pañuelo, acercóse á él y le dijo:

—¡Calle usted, hombre! ¡Tanto chillar no teniendo más que un agujero en la popa!... ¿No me ve usted á mí que tengo dos en el mascarón de proa? De buena gana cambiaría mi suerte por la de usted.

Y volviéndose á Juan:

—Me ha dejado usted inútil, Sr. Franco.

—Lo siento mucho y espero que me dispensará.

—¡Qué estúpido he sido! — gemía Easthupp—. Meterme en estos trotes yo que nunca he sido caballero... sino de industria. Ya no registraré más bolsillos... voy á morir, que Dios me perdone.

—¿Con que no era usted lo que creíamos?

—Perdón, Sr. Gascoigne; perdón todos. Yo les aseguro que si vivo seré siempre una persona honrada... Denme un poco de agua... ¡me muero!

Y se desmayó. Los mozos cargaron con él y le llevaron al hospital. Biggs se dirigió á casa del médico para consultar con él. Y el condestable optó por escapar prudentemente. Solos Juan y Gascoigne lo primero que hicieron fué reirse un buen rato de la solución cómica que había tenido el lance; pero en seguida vino la reflexión y el pensar en las consecuencias.

—Amigo Gascoigne, en esta situación yo no debo volver á la *Harpy*.

—Ni yo tampoco. Lo malo es que Sawbridge enviará á buscarnos.

—Lo que procede es escapar.

—¿Pero cómo? Yo no tengo dinero.

—No importa; le tengo yo para los dos. ¿Quiere usted seguirme?

—Andando.

—Fletaremos un barco y nos iremos á Sicilia.

—¡Magnífico! Le escribimos una carta al capitán diciendo que nos hemos asustado mucho.

—¡Soberbia idea! Vamos á emprender un viaje mientras tengamos dinero. A escribir esa carta y en marcha.

CAPÍTULO XVI

JUAN, ACOMPAÑADO DE GASCOIGNE, EMPRENDE OTRA TRAVESÍA EN LA CUAL LE OCURREN VARIAS PERIPECIAS.

Mediante la suma de una libra esterlina el patrón de un barquichuelo se comprometió á transportar á los dos jóvenes á cualquier otro punto de Sicilia; porque ellos de ninguna manera querían volver al buque.

Y hacían bien; porque la llegada de Biggs produjo una explosión de odio contra Juan Franco. No, no le perdonarían que hubiese inutilizado la bomba de aire del pobre hombre.

Wilson y Sawbridge se indignaron al pronto; mas después de leer la carta no pudieron contener la risa. Era ingeniosa la salida del condestable.

—Ese muchacho no pone fin á sus aventuras—dijo el capitán—. Bien mirado, podía perdonárseles el duelo; pero ¿cómo encontrarlos ahora?

—Cuando se les acabe el dinero volverán.

—Si no les ocurre algo peor; Gascoigne es aún más travieso que Juan, y Dios sabe adónde irán á parar con sus travesuras. Hoy como con el gobernador y le contaré la extraña manera de resolver el desaffío. De seguro se reirá mucho.

—Es indudable.

—Yo quisiera que usted averiguara si han salido ya de la isla; abrigo la esperanza de que todavía anden por ahí.

Se equivocaba. Los jóvenes ya estaban embarcados. Al dirigirse hacia la playa Juan preguntó á Gascoigne:

—¿Qué hacemos con las pistolas?

—Llevarlas á bordo; nadie sabe lo que le puede ocurrir.

Antes de embarcar demostró el patrón del barquichuelo ciertas dudas respecto al pago. Juan sacó un bolsillo lleno de oro y entregó la libra esterlina convenida. A la vista del dinero los ojos del patrón se encandilaron extraordinariamente. La noche estaba deliciosa. El barco se deslizaba rápidamente por las aguas. Juan y Gascoigne examinaron de una ojeada el cargamento: unos cestos de uvas y cebollas. La tripulación se componía del patrón, dos hombres y un muchacho; estos últimos, envueltos en sus mantas, iban sentados delante de la vela con los ojos fijos en el suelo del bario.

El patrón permanecía con la caña en la mano, haciendo mil reverencias á los jóvenes, los cuales, deseando estar solos, se sentaron, quedando un buen rato en silencio.

—¡Qué delicioso es esto! —exclamó Juan—. Siento tal regocijo de verme libre, que doy por bien empleado cuanto luego pueda ocurrir.

—No hay nada, ciertamente, como vivir en libertad, amigo Franco; si bien es preciso reconocer que es una libertad convencional, puesto que estamos á merced del patrón, del barco y de los elementos.

—Pero estamos libres. A bordo los hombres se convierten en máquinas.

Siguieron hablando un buen rato, hasta que Gascoigne preguntó á Juan:

—¿Vamos á estar despiertos toda la noche?

—En eso estaba pensando; pero no me gusta la cara del patrón.

—¡Cómo que tiene los ojos atravesados! Pero tengo por cierto que si á usted no le gusta su cura á él le agrada la da sus monedas.

—Reconozco que cometí un error al enseñarle los cuartos.

—Mejor habría sido que le hubiésemos enseñado las pistolas.

—Si él pretende tomar lo que ha visto puede que se encuentre con lo que no ha visto. Aquí no hay más que cuatro hombres contra nosotros.

—Mejor dicho, tres y medio — observó Gascoigne que no perdía su buen humor—. No hay que temerlos; pero debemos dormir con un ojo solo y tener el otro alerta.

—¿Cuándo llegaremos á tierra?

—De seguir así el viento mañana por la tarde. Si á usted le parece dormiremos uno, y el otro se quedará velando.

—Me parece muy bien.

—Dejemos las pistolas dispuestas y tapadas con el capote.

—Está usted en todo. ¿Quién entra de guardia?

—Yo, si usted no dispone otra cosa.

—Le advierto que tengo el sueño muy pesado y es preciso que me zarandee mucho para despertarme. Buenas noches, y mucha vigilancia.

Pronto se quedó Juan dormido. Gascoigne, con las pistolas á la mano, pensaba acaso en sus ancianos padres.

Hacia las dos de la mañana el patrón, tomando todo género de precauciones, vino á ver si los jóvenes estaban dormidos; como encontrara á Gascoigne despierto, repitió la visita varias veces. Cansado de esperar y deseando apoderarse del dinero que llevaban, habló con su gente, que presto desembainaron los cuchillos, confiando la caña del timón al muchacho.

Visto esto por Gascoigne dió un empujón á Juan y le tapó la boca para que no alarmase á la tripulación; luego le comunicó sus sospechas en voz baja. En seguida prepararon las pistolas.

Pronto se acercaron el patrón y sus camaradas dispuestos á matar á los jóvenes; pero estos, arrimándose á un costado de la barca, hicieron fuego sobre ellos. Dos hombres cayeron al suelo, uno de ellos el patrón; el otro huyó prudentemente; pero la bala de Juan lo alcanzó y no tardó en seguir la suerte de sus compañeros.

De pronto Gascoigne sintió en la espalda, junto al hombro izquierdo, como si le hubiese picado una víbora: era el puñal del muchacho, de quien se habían olvidado los jóvenes. El dolor le hizo volverse, y agarrando al muchacho por el cuello, le arrojó al mar, cuando ya le había hecho la *traqueotomía*.

—¿Ha visto usted cosa igual, amigo Franco?

—Jamás. ¡Qué infames!

—¿Qué hacemos ahora?

—Por lo pronto ponernos uno al timón si no queremos que el barco se vaya por donde le plazca.

—Me pondré yo, que tengo alguna práctica. ¡Caramba!... me escuece la herida... Y lo peor es que me dificulta mover el brazo. En fin, como es el izquierdo veré de arreglarme. ¿Estarán muertos esos tunos?

—Yo creo que sí. Esperaremos á que amanezca, y por si acaso cargaré de nuevo las pistolas.

—¡Vaye un lance!

—Sí; nos escapamos porque había dos hombres heridos, y hemos tenido que matar á cuatro.

—Bueno; ¿y qué haremos cuando lleguemos á Sicilia? De seguro nos meten en la cárcel.



LA PELOTA

(Dedicada á mi primer nieto.)

—Mira, Joaquín, cómo bota.
—¡Venga! Yo la cojo al vuelo—.
¡Zés! Y fué á dar la pelota
en la calva del abuelo

que á sus dos nietos miraba
jugar; y allá, en el rincón,
cuando la cena esperaba,
se encontró con un chichón.

El padre gritó indignado;
la madre acudió al apuro;
la pelota fué al tejado;
Joaquinito al «cuarto oscuro»,

donde con todo rigor
tratado, hubiera dormido
á no ser porque el «herido»
como autoridad mayor,

avocó la causa, y
—A su cama ese enemigo—
dijo—; pues «me toca á mí»,
yo le impondré su castigo—.

Iznájar.

Después, todos se acostaron
y durmieron hasta el día,
y cuando se levantaron
ya á nadie el chichón dolía.

Pero el castigo ofrecido
se imponía fatalmente,
y ante el abuelo ofendió
compareció el delincuente...

Y llegó el trance angustioso;
y el misero Joaquinito
tuvo que sufrir lloroso
la pena de su delito.

—Para que, con los ancianos,
tengas, bribón, más respeto—
dijo el «juez», entre sus manos
desenvolviendo un «objeto»

en el colmo de sus iras—,
este es el castigo: toma
una pelota de goma,
por si otra vez me la tiras.

JUAN DE CASTRO.

CURIOSIDADES ARTÍSTICAS

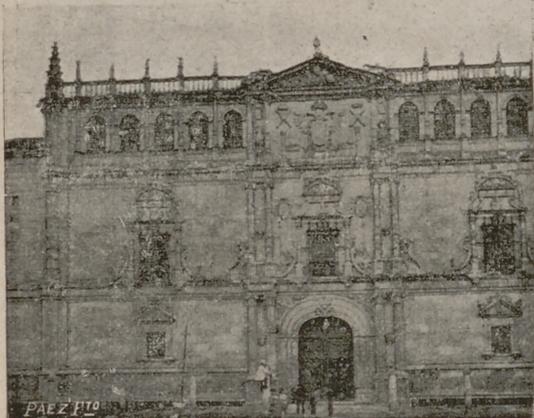
LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

YA sabemos que en todas las capitales de España hay una Universidad ó Colegio de enseñanza superior, donde toda la juventud cultiva sus estudios para poder combatir desde luego

los diferentes obstáculos que se presentan en la vida social. Entre la infinidad de Universidades existentes en España, he tenido el gusto de reunir los datos más importantes que requiere la antiqüísima y conocida Universidad de Alcalá de Henares.

La arquitectura del Colegio Mayor de San Ildefonso, que con este título la inauguró el Cardenal Cisneros, la forman un conjunto de órdenes distintos que ofrecen cierta elegancia y majestad.

El edificio quedó concluído en Mayo de 1553; es de piedra de Colmenar, y consta de tres cuerpos. Después de pasar el gran vestíbulo, inmediato á la puerta principal, se encuentra el primer



Fachada principal.

patio cercado de claustros, cuyos primero y segundo plano lo forman arcos con 96 colum-

nas dóricas, siendo de orden jónico las del tercero. Corona la obra una barandilla de piedra con medallones á los cuatro lados, en uno de los cuales está representado el Cardenal Cisneros, fundador del establecimiento. El segundo patio, llamado de los Filósofos, está también formado por arcos sostenidos en columnas de orden compuesto, en parte sin terminar ó destruído. Por el tercer patio, llamado Trilingüe, y también con columnas de orden jónico, se entra al Paraninfo ó Teatro mayor donde se conferían los grados, que fué el lugar más lujoso y mejor adornado de la Universidad. En la parte baja del primer patio estaban las cátedras; en el segundo cuerpo del mis-



Patio central.

mo las salas Rectoral, de catedráticos y de claustros, las oficinas y la biblioteca, cuyos libros han pasado á la Biblioteca Nacional y á la de la Universidad de Madrid.

En la capilla mayor de la iglesia del Colegio está el sepulcro del Cardenal Cisneros, uno de los mejores monumentos que hay en España. La cámara sepulcral y la efigie son obra en hermoso mármol, de Dionisio Florentino. También se da gran mérito al ba-

laustre de bronce que rodea al mausoleo, empezado por el escultor Nicolás de Vergara y terminado por su hijo, del mismo nombre.

La Universidad de Alcalá de Henares, en tal edificio instalada en 26 de Julio de 1508, cuando ya estaban terminadas las obras más precisas, ha gozado de gran renombre; trasladándose á Madrid en 1836.

JOSÉ TRIGUEROS.

CUENTOS DEL CONCURSO

EL PERRO DEL BANDOLERO

I

EN continua alarma traían á los habitantes de la orilla derecha del Amazonas las hazañas cometidas por Manuel, *El bandolero terrible*, con cuyo nombre se le designaba. Solo, sin un amigo que le defendiese en caso de apuro, parecía que había declarado guerra á toda la humanidad, robando á los viajeros que atravesaban las pampas, que él conocía mejor que nadie, lo cual le hacía casi inexpugnable, ó saqueando las casas que encontraba desiertas.

Hijo de un guajiro y de una india, había heredado el bandolero de su padre, que fué bandido toda su vida, una ferocidad terrible, y de su madre un conocimiento nada común de las plantas venenosas, que aprovechaba continuamente para matar á los que le oponían resistencia á dejarse robar. De rostro cetrino, de nariz aguilena y boca chiquita, en la que se encontraban dos filas de dientes bien cuidados, hubiera sido un gran tipo si no despidieran sus ojos miradas de fuego capaces de asustar al más valiente.

Satélite de aquel ente infernal parecía un perro, que jamás se separaba de él y que le avisaba la llegada del infeliz pasajero. Este perro, que había sido del padre de Manuel,

conocía á fuerza de práctica las plantas venenosas que su amo usaba, y que á veces se las mandaba llevar en una especie de bolsa que le ataba al cuello.

Cuando Manuel se creía casi ser el rey de todos aquellos parajes, los parientes de su última víctima avisaron á las autoridades, y un oficial con veinte soldados vino á apoderarse de él, bien por la astucia ó por la fuerza.

Mas no necesitaron hacer uso ni de lo uno ni de lo otro. No hacía dos horas que habían llegado al bosque, cuando Manuel, sin recelar nada, pasó por una explanada en cuyo centro había una meseta de forma circular llena toda de leña, donde Manuel solía pasar las noches del invierno.

Verle los soldados y rodear la meseta fué cosa de un momento, y cuando todos creían que se entregaría, Manuel se sentó tranquilamente en medio y prendió la leña. Los soldados se miraban atónitos sin saber qué hacer, cuando un hombre de luenga barba se dirigió á ellos y con voz grave, imponente, les dijo:

—¿Váis á dejar morir á ese hombre?

—Bien lo merece—contestaron algunos.

—Que le saque quien quiera—murmuraban otros.

Entonces aquel hombre subió á la meseta y quiso salvar á Manuel; mas ya era tarde; las llamas le habían consumido; no pudo co-

ger más que al pobre perro que, siguiendo ó á su amo hasta la muerte y colocado detrás de él donde no habían llegado las llamas, lamía los restos del bandolero.

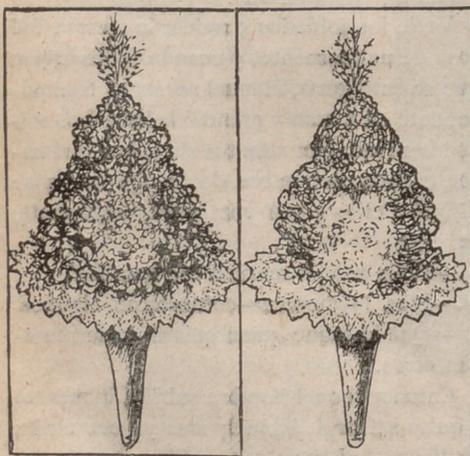
II

Poco tiempo después de ocurrir el suceso relatado, paseaba por los bosques cercanos al sitio donde murió Manuel, D. Ricardo, el naturalista, ó sea el salvador del perro, seguido de éste. La obra de caridad que realizó salvándole no terminó en la meseta, pues al llegar á la ciudad, como sabían que conocía los venenos, hubo quien pretendió matarle; y gracias á la autoridad que ejercía en la población D. Ricardo, volvió á salvarse el perro de otra muerte tan segura como la de la hoguera.

Paseaba el naturalista taciturno y triste pensando en la trágica muerte de Manuel, cuando se presentó á su vista un árbol repleto de fruta que llegaba hasta el suelo y que él no conocía; distraído en sus meditaciones por su afán de naturalista, cogió un racimo y llevó el fruto á los labios.

El perro ladró triste, y viendo que no po-

I.—Metamorfosis.



II.—Metamorfosis.

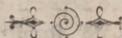


día impedir que su amo tomase aquel veneno que mataba instantáneamente (pues no era otra cosa la fruta que el naturalista no conocía), cogió uno de los racimos más bajos, y estrujándolo nerviosamente con los dientes lo tragó. D. Ricardo le contemplaba sin comprender por qué el perro, que al salir de casa había comido, tomaba con tanto afán aquel racimo, y no se explicaba aquel ladrido que había dado al cogerle. Mientras pensaba todas estas cosas había tenido en la mano sin llevarlo á los labios el fruto que había cogido; cuando vió que el perro, apenas comió el racimo y después de arrastrarse hasta los pies de su amo, cayó para no volverse á levantar más.

Entonces D. Ricardo se explicó el ladrido y el nervioso castañetear de los dientes al comer el racimo, y comprendió que el perro había perdido su vida por salvar la de su nuevo amo.

Lema: «EUREKA».

(Número diecisiete de los admitidos.)



NUESTRAS SIRVIENTAS



- ¿Cuánto quiere usted ganar?
 —Según Si voy á la compra cuatro duros.
 —¿Y si voy yo con usted?
 —Entonces... tendrá usted que darme nueve.

De colaboración

UNA ANÉCDOTA DE CARLOS V

UN día que Carlos V estaba de caza se perdió, y no sabiendo qué hacerse entró en una pobre cabaña. Apretado por el hambre el gran Emperador, sin darse á conocer, pidió al lugareño si podría procurarle un poco de comida. El lugareño habría voluntariamente respondido con una negativa; pero su mujer vió bien en la presencia del extranjero que éste era un excelente hombre; hizo una seña á su marido, se alejó un instante y volvió con una gran tajada de tocino que dejó sobre la mesa, mientras que el lugareño exigía á su huésped la promesa de la discreción más absoluta. Entonces se pusieron á cenar juntos, y como faltaran los cubiertos, Carlos V sacó un cuchillito de su bolsillo, cortó su carne y se puso á comer con los dedos. Cuando estuvo satisfecho, se disponía á ce-

rrar su cuchillo y á volverlo al bolsillo, cuando el lugareño, que había seguido todos sus movimientos con la más grande atención, cogió el cuchillo y le dió en las uñas un golpe tan violento, que le hizo salir sangre.

—Es esta la costumbre, camarada—añadió—, con que se da gracias á Dios antes de levantarse de la mesa.

—La costumbre es buena—replicó Carlos V—; pero la lección es dura.

Al día siguiente el lugareño fué llamado al palacio del Monarca.

—¿Reconoces este golpe?—preguntó Carlos V que tenía puesto el uniforme imperial.

El pobre hombre, asustado, cayó de rodillas pidiendo perdón.

—Sin embargo—respondió el Emperador, —tú no pediste perdón ayer; pero con todo te tomo por mi guardabosque á fin de recompensar tus buenas costumbres; solamente te encargo que seas menos severo de aquí en adelante cuando des una lección á cualquiera.

Traducido por R. DARGALLO.

Contestación lógica



—Diga usted, ¿voy derecho para la Plaza de Castelar?

—Me parece que no.

CARTA ILUSTRADA



De colaboración.

PLANTAS Y FLORES

AMADOS amiguitos: Los niños que, como yo, tengan afición á las flores y quieran saber cómo se crían, pueden leer ROSA Y AZUL, en el que encontrarán una conversación de las mismas, por la cual pueden aprender á cuidarlas por el procedimiento que lo estoy haciendo á diario.

LA ROSA Y EL ALELÍ

Aleli.—¿Cómo es que tú, siendo una planta tan hermosa, tienes tantos pinchos y creces más que yo?

Rosa.—Porque Dios quiso darme estos pinchos para que los niños me respeten y dejen crecer los capullos á fin de que puedan admirar mis colores.

Aleli.—¿Y cómo es que tú tienes los tallos tan duros y yo los tengo tan blandos y vivimos tan poco tiempo?

Rosa.—Porque yo soy planta arbórea, tú, herbácea y no puedes tener tanta savia.

Aleli.—¿Sobre cuántos años vivieron tus abuelitas?

Rosa.—Las tengo de más de cien años, según las clases.

Aleli.—¿Y por qué viven unas plantas más que otras?

Rosa.—Porque Dios ha hecho todas las cosas para servicio del hombre; pero al mismo tiempo para confundirle y enseñarle.

Aleli.—¿Y cómo se multiplican las clases y variedades?

Rosa.—Por vástagos, que arrancan de las madres con sus raíces, y por medio de esquejes.

Aleli.—¿Y cuáles son los mejores?

Rosa.—Los primeros viven más que los segundos.

(Se continuará.)

TEODORO GOÑI.

CARTA SIN EL PRONOMBRE AL REVÉS TRAR

Sevilla media docena Diciembre 1904.

Sr. Rio Pedro Ló animal acuático.

Signo timado amigo: A pedazo de vela de nota cibir tu postal que, tanto signo lo artística signo por la ins letra griega rada río esía que en ella me letra dicas, ocupará un sitio pre virtud rente en nota colección.

No bebida contesto en verbo so porque mi musa me ti letra a edicto nado; fruta por quebrado de la pres sujeto ridiculo te preposición yío las más tren ivas gracias.

Tu voz que da miedo en especie de planta go

A nota lfo J. TOPHAM.

VESTIR AL DESNUDO

Hasta la hora de cerrar este número hemos recibido los donativos siguientes:

	Pesetas.
<i>Suma anterior</i>	37
José Pérez de Alba (remitiendo el nombre de Francisco Zofio Álvarez).....	1
Emilio Ignésón.....	5
Sabina Herce.....	5
Fernanda de Diego.....	1
Manuela de Agustín.....	2
Patricia Fernández (remitiendo el nombre de Victoriano González).....	3
Matilde Pintado (remitiendo el nombre de Carmen Ruiz).....	5
Encarnación Pernas.....	2,50
Dolores Hernández.....	2,50
Claudina García.....	5
Gregorio Armas Topham.....	1
Antonio Miguel Martín (remitiendo el nombre de Francisco Bris).....	1
Margarita Yanini Mosquera.....	1
Excm. Sr. Marquesa de Aledo. Un vestido de franela.....	2
D. B.....	2
Juan José M. Cuervo (remitiendo el nombre del niño Pepito, habitante en la calle del Barquillo, núm. 12, piso bajo).....	3
Alberto Ilisástigui.....	1
María Isabel Ilisástigui.....	1
Virgilio Ilisástigui.....	1
Ramiro Ilisástigui.....	1
Natividad Hernández.....	1
Anita Hernández.....	1
Carlos Izquierdo.....	5
Florentina Casas (enviando el nombre de Rogelio Borcia y Cao).....	5
Francisco Egea.....	2,50
Angela Rodríguez.....	5
Srta. Engracia Iglesias.....	25
ROSA Y AZUL.....	100
TOTAL	225,50

CORRESPONDENCIA

Gregoria y José López L.—Madrid.—Se publicarán cuando les llegue el turno. ¡Ah! No se olviden que *Noviembre* se escribe así, y no *Nobienvarz*.

Francisco Petit.—Pueblo Nuevo del Terrible.—No debió usted leer bien el problema de las naranjas, amigo mío. Los versos están bien y se le agradecen; pero ya se ha dicho que no publicamos elogios.

Javier Gutierrez.—Madrid.—Admito el cuento.

Mauricio García.—Salamanca.—Escribe usted bien y siento que el trabajo no haya cabido en este número, porque ya tenía mucho preparado. Haga otra cosa, procurando huir de lo fúnebre.

Enrique Ibáñez.—Albacete.—Entra en turno.

Manuel G. Valdivia.—Madrid.—Su trabajo está bien. Irá pronto.

Teodoro Goñi.—San Sebastián.—¿Pide usted franqueza? Pues bien: la idea de sus versos es noble; pero no haga versos, créame usted. Siga con la prosa.

Alberto Díez.—Madrid.—Me devuelven un cuento suyo remitido para el concurso y firmado. Vea usted las condiciones y aproveche el tiempo para hacer otra cosa.

Angel García.—Madrid.—Publicaré la biografía. Para esa tengo yo retrato.

Pepito Franco.—Madrid.—¡Bonita saldría su carta *ilustrada* si la mandase al fotograbado!

Isidoro Barrio Jordá.—Cuevas de Vera.—Entran en turno.

José Menjibar.—Barcelona.—Los pasatiempos irán saliendo; la fábula me temo mucho que no sea escrita por usted. Dispense usted que se lo diga con franqueza.

Carmita Alonso.—Madrid.—Se publicarán los pasatiempos.

D. Rafael Vilás.—Tortosa.—Tendré mucho gusto en complacerle. Gracias por su oferta.

P. Aparicio.—Ronda.—Ya irán saliendo. Me abruma usted con tanto artículo.

Angel Pérez.—Madrid.—Gracias, en nombre del Director, por sus versos felicitándole.

José Salazar.—Málaga.—Su envío se publicará, pero fuera de concurso, puesto que viene firmado.

Luis Ripol.—Barcelona.—Gracias por sus elogios. Hacemos lo que podemos y aspiramos á llegar más allá todavía.

Anita Ruiz.—Sevilla.—Sí, señorita; puede enviarle cuando guste.

Luis Guillén.—Villena.—Admitidos los pasatiempos. Ahora, paciencia.

José Pedrero.—Madrid.—Aprovecharé *El primer cigarro*.



PROBLEMA por Lonardo Ordoño.

- 25 sombreros de paja.
- 47 idem id.
- 23 idem id.

Al que saque bien esta suma se le regalará el día de los Santos Inocentes un billete de libre circulación por la sombra en invierno y por el sol en verano.

TRÍO DE SÍLABAS por José Corral.

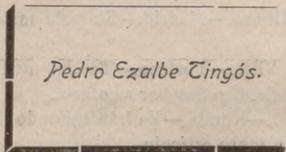


Leed horizontal y verticalmente: 1.º, nombre de mujer; 2.º, nombre de varón, y 3.º, para alumbrar,

CHARADA por Ricardo Menor.

En astronomía mi *prima*;
es juego *segunda tertia*,
y el *todo* de mi charada
abunda mucho en la guerra.

TARJETA por E. Rico y Priego.



Combinad las letras de modo que se lea el nombre y apellido de un gran escritor.

LOGOGRIFO NUMÉRICO por Jorge Guillén.

- 1 2 3 4 5 6 7 Parte del mundo.
- 7 6 7 6 5 7 Flor.
- 4 3 2 1 4 Verbo.
- 1 2 1 4 Idem.
- 1 2 3 Tiempo de verbo.
- 2 5 Nota musical.
- 7 Vocal.

ADIVINANZA por Eugenio del Olmo.

¿En qué se parecen los huevos y los dedos?

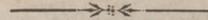
CARTA CHARADÍSTICA por M. Moncó.

Mi querido *todo*: Ayer llegué á ésta sin novedad, y *segunda cuarta* un coche para ir á casa de *primera segunda tercera*. Llegué allí, y en cuanto *tercera* vi le abracé, y él *cuarta* dijo qué tal estabas. Le hablé del asunto del marqués de *segunda primera*, y él *cuarta* dijo que se *tercera* diría á *todo*, el hermano de Paquito.

En este momento *cuarta cuarta segunda* en casa de la tía, la cual *cuarta* encarga te diga que tengas más cuidadito y no seas tan *primera segunda tercera*, pues si *tercera* sigues siendo, no te volverá á escribir.

JEROGLÍFICO por Manuel de Diego.

Tronazo
CON



SOLUCIONES

Al acertijo por L. Ordoño: SANTA CLARA.

Al rombo por R. Almonacid:

T
R I O
T I R S O
O S O
O

Al jerooglífico por José Muñoz: CUENCA.

A la fuga de vocales por Ramón Porta:

La honra es isla que descuella
escarpada en alta mar,
el que la llega á dejar
ya nunca más entra en ella.

Al cono numérico por J. M. Roselló: MANUEL.

A la tarjeta por Mario Lauchó: JUAN PEREZ ZUÑIGA.

A la charada por Eduardo Benzo: MUELA.

A la sustitución por Antonio García Diego:

E S P A Ñ A
S U E C I A
I T A L I A
D I N A M A R C A
H O L A N D A
F R A N C I A
S E R V I A
P O R T U G A L
T U R Q U I A
J A P O N
A L E M A N I A
N O R U E G A
G R E C I A
E S T A D O S U N I D O S
A U S T R I A H U N G R Í A
R U S I A
I N G L A T E R R A

COLEGIO DE ESCRIBANO

1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA. — CARRERA DE COMERCIO

Pontejos, I. -- MADRID

Este centro de enseñanza, cuyo higiénico local nada tiene que envidiar á los de mejores condiciones de esta corte, cuenta con todo el material que hoy exige la moderna Pedagogía.

El nombre de su Director es bien conocido por cuantos se dedican á la enseñanza.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA

MADMOISELLE

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8

MADRID

ADVERTENCIA

A todo el que se suscriba por seis meses le serviremos la suscripción gratis hasta primero de Enero de 1905 y los folletines que van publicados de las **Aventuras**.

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º	0,50 »
Pepe 3.º	0,75 »
Pepe 4.º	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonie Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID

ANTES DE TOMAR EL ALIMENTO. DESPUES DE TOMAR LA LACTOFERINA



Tos Perina
y toda clase de
TOS EN LOS NIÑOS DESAPARECE EN POCOS DIAS CON LA
LACTOFERINA
del Dr. M. CALDEIRO
5 piz. caja en todas las farmacias y
D. G. GARCIA-Capitales 1-MADRID
Por 5,50 piz. la remite el autor por correo
PUERTA DEL SOL Nº 8
MADRID.

TURRONES, mazapanes y demás gé-
neros propios para Na-
vidad; no compren sin visitar la casa **más**
higiénica de Madrid, la que **mejor pesa.**
30, Barquillo, 30 **DÍEZ Y DÍEZ**
MADRID

SOBRE-MONEDERO
para mandar por correo dinero en
metálico, certificado, con la garantía
del Estado, que abona la cantidad
declarada en caso de extravío. Se
vende en todos los estancos á
25 céntimos.

En el sobre-monedero pueden re-
mitirse hasta 50 pesetas en cual-
quier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO**
MADRID

Talleres de fotograbado
DE LOS
SUCESORES DE E. PAEZ
Directo, línea, zincografía.
Precios sin competencia.
Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de **ROSA**
Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado.
Dirijan los avisos á la Administración de
esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los
colegios de libros de enseñanza.
OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pidanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la
Denticina que han imitado bien
para sorprenderos, pero causan graves tras-
tornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.
Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedias, dispepsias, gas-
tralgias, úlceras, diarreas,
vómitos y cuanto revela malas digestiones se
cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida
en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10
reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros.

26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.
> jerga > 10 >
Gabanes > 10 >

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.
Gabán > 85 >

Todo confección esmerada y gé-
neros superiores.

26, PRECIADOS, 26

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD**
— con cocaína —
Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de
garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granula-
ciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thiocol-elnamo-
vanádico-fosfo-glicérico
De acción segura en la tuberculosis, bronco neu-
monías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gri-
pales, etc. Lo prescriben todos los médicos.
FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**, Poderoso agente para
combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.
De venta en todas las farmacias y en la del autor,
Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid